

SUPLEMENTO

EL DEBATE ENTRE FREUD Y FERENCZI: SABER COMO HACER O SABER ESTAR AHÍ

Por: Philippe Julien

"Ateniéndonos al malestar del psicoanálisis, la École pretende darle un campo no ya tan sólo a un trabajo de crítica, sino a la apertura del fundamento de la experiencia, a la puesta en causa del estilo de vida en el que desemboca"

La rosa no tiene porqué; florece porque florece, sólo se ocupa de sí misma, no se ocupa de ver si la ven.

Angelus Silesius.

¡Ah! ¡Si el psicoanálisis fuese una ciencia!. No habría entonces problema alguno de transmisión. En las ciencias, la formalización y la idealidad matemática ¿no permiten una transmisión sin pérdidas, mediante procesos de acumulación?.

Es cierto que esta transmisión no se hace sola. Necesita el acto de la enseñanza y de comunicación de maestro a discípulo. Pero su contenido no está alterado por ello, sino que todo lo que queda establecido, queda establecido y conserva su consistencia en el curso de los tiempos. Ahí está la virtud de la ciencia, en el hecho de que lo inventado, en tanto que repetible, se sostiene solo por sí mismo y mediante su sola articulación. El sujeto excluido de la ciencia, aún surgiendo de nuevo para sostener el acto de decir la transmisión, queda excluido de lo transmitido.

Pero ¿sucede lo mismo con el psicoanálisis?. Freud sí pensaba que se trataba de una ciencia, de la ciencia del alma. Pero ¡ay! Las dificultades que aparecieron ya antes de la muerte de su inventor nos han enseñado a dudar de su carácter científico.

¿Habremos de sumirnos por ello en la desesperación?. ¿Sería acaso la doctrina freudiana sólo la formulación de la singularidad del fantasma de su autor?, ¿estarían los alumnos condenados a no transmitir otra cosa que las vicisitudes de su transferencia con el fundador?.

Sobre este punto, que sigue un punto crucial en la actualidad, las relaciones entre Freud y Ferenczi (y reciprocamente) nos resultan ejemplares, pues nos iluminan muy precisamente sobre la especificidad de la transmisión del psicoanálisis. Con ello nos obligan además hoy, après-coup a esas relaciones, a abrir el camino de una ciencia que hay que inventar y que ha de incluir al psicoanálisis.

Nosotros, analistas salvajes y desorganizados.

2 de febrero de 1908: Freud recibe por vez primera a un médico húngaro que se había entusiasmado leyendo la Interpretación de los Sueños. Se trataba de Sándor Ferenczi. Salta la chispa, hay seducción por ambas partes. Jones escribe sobre este hecho lo siguiente: "Freud fue conquistado de inmediato por la viveza mental y por las cualidades intelectuales de Ferenczi, de manera parecida a como en otros tiempos le hubieron atraídos esas mismas cualidades hacia su gran amigo Fliess". Freud ha roto ya con Fliess, pero sigue "ocupado" todavía con sus sueños. Y en esta nueva amistad encontrará el lugar donde proseguir sus análisis y su trabajo analítico.

Toman vacaciones en común numerosos veranos, sostienen regularmente una correspondencia (¡más de un millar de cartas, según dice Jones, analizado por Ferenczi!), comparten preocupaciones de todo orden: Ferenczi da parte a Freud regularmente de lo que son sus

problemas personales y de los resultados de su autoanálisis, y Freud le aconseja sin desfallecer.

En ésta una sólida amistad que, como Freud escribirá "el matrimonio no cambió para nada". Se trata de ese matrimonio con Gisela que se había hecho esperar durante dieciocho años. Pero, y sobre todo, es una amistad impensable fuera del psicoanálisis, entendido como trabajo y como causa que había que sostener y promover. Es ahí donde la seducción recíproca dará unos frutos sorprendentemente rápidos: el 3 de febrero de 1908 tiene lugar el primer encuentro entre Freud y Ferenczi. El 27 de abril de 1908, la ponencia de Ferenczi en el Congreso de Salzburgo, sobre Psicoanálisis y Pedagogía. A partir de 1908, Ferenczi publica numerosos artículos analíticos en húngaro y en alemán. En julio de 1909, Ferenczi (junto con Jung) acompaña a Freud a los EE.UU., a Worcester. Sin contar con los análisis que sin tardar comenzó en Budapest.

Y así llegamos al momento en que Freud le "encarga a Ferenczi" (Jones dixit) que presente el 30 de mayo de 1910 en el Congreso de Nuremberg una propuesta de fundación de una Asociación Internacional, bajo el título de Informe sobre la necesidad de una más estrecha unión entre los partidarios de la doctrina freudiana, y proyecto para la constitución de una organización internacional permanente. Ferenczi hace en este informe un análisis de las condiciones de la transmisión del psicoanálisis. Y lo que más sorprende es que Ferenczi no se contenta con proponer una organización que habría de velar por la salvaguarda del psicoanálisis como cuerpo de doctrina (existencia del inconsciente, papel de la sexualidad, método de investigación, reconocimiento del nombre de Freud). La transmisión requiere una organización como lugar de análisis permanente, como lugar de "crítica" analítica mutua de sus miembros, con vistas a una búsqueda de satisfacción en el propio trabajo y no en el reconocimiento de la persona propia.

Después de haber descrito el primer período del psicoanálisis, en el que Freud, él solo, evitando despilfarrar su tiempo en la polémica, "trabajó en paz, a la sombra del desconocimiento", después de haber descrito el período actual de guerra de guerrillas en el que cada analista luchó, "cada uno en la parcela de tierra que había conquistado", esa guerra en la que "la ausencia de toda dirección favoreció la proliferación excesiva de las tendencias individuales", Ferenczi justifica así la necesidad de una organización:

"Conozco muy bien la patología de las asociaciones y sé cuán a menudo reinan en las agrupaciones políticas, sociales y científicas la megalomanía pueril, la vanidad, el respeto por las fórmulas huecas, la obediencia ciega, el interés personal, en lugar de un trabajo concienzudo consagrado al bien común.

"Las Asociaciones conservan tanto en sus principios como en sus estructuras ciertas características de familia. Está el presidente, el padre, cuyas declaraciones son indiscutibles y cuya autoridad es

intocable. Los demás responsables, los hermanos mayores, que tratan a los hermanos menores con altivez y severidad, están alrededor del padre, halagándolo, pero a la espera de poder eliminarlo y ocupar su sitio. Por lo que hace a la gran masa de los miembros, en la medida en que no sigue ciegamente al jefe, se dedica a escuchar unas veces a un agitador, otras veces a otro, considera los éxitos de los hermanos mayores con odio y celos, e intenta ocupar su lugar en los favores paternos. La vida en grupo proporciona el campo en el que la homosexualidad sublimada se descarga bajo la forma del odio y de la adulación. Parece que el hombre no pueda escapar sino en escasa medida de estas características familiares, parece que sea exactamente ese Zoon Politikon, animal de rebaño, del que hablaba el sabio griego. En la medida en que se aparta con el tiempo de sus hábitos, de la familia en la que recibiera la vida y su educación, en esa medida acaba siempre restituyendo el orden antiguo. En algún héroe superior a él o en algún jefe de partido respetado vuelve a encontrar a un nuevo padre; en sus compañeros de trabajo, a sus hermanos; en la mujer cuya confianza tiene, a la madre; en sus niños, a sus juguetes. Esta no es una analogía forzada, sino la pura verdad. Y una prueba entre otras nos la da la regularidad con la que, incluso nosotros, analistas salvajes y sin organización, condensamos en nuestros sueños la figura paterna con la de nuestro jefe espiritual. Muy a menudo he aniquilado y enterrado, bajo una forma más o menos disfrazada, al padre espiritual, altamente respetado pero en el fondo figura molesta a causa de su misma superioridad intelectual y que por añadidura presentaba siempre ciertas características de mi propio padre. Buen número de mis colegas han dado cuenta de sueños semejantes.

"Todo parece indicar pues que violentaríamos la naturaleza humana si, en nombre de la libertad, quisiésemos evitar a cualquier precio la organización familiar. Pues incluso ahora que no tenemos organización formal alguna, no por ello dejamos de constituir ya desde ahora una comunidad familiar, con todas sus pasiones: amor y odio al padre, afecto y celos entre los hermanos. Por lo tanto mi opinión es que sería más justo que tradujésemos este estado de hecho a la propia forma.

"Sería algo más franco, pero sería al mismo tiempo también más político. Pues he observado que el control de esos afectos egoístas es favorecido por la vigilancia mutua. Unos miembros que hubiesen recibido una formación psicoanalítica serían pues los más adecuados para fundar una asociación que reuniese en ella las ventajas de la organización familiar junto a un máximo de libertades individuales. Esta asociación debe ser una familia en la que el padre no detenta otra autoridad dogmática que la que le confieren sus capacidades y sus actos; en la que sus declaraciones no son respetadas a ciegas como si fuesen decretos divinos sino que están sometidas como todo lo demás a una crítica minuciosa; en la que él mismo recibe la crítica sin ridícula susceptibilidad o vanidad, como un pater familias, o un presidente de asociación de nuestros días.

"Los hermanos mayores y menores agrupados en asociación aceptarán sin resentimiento ni rencor pueril que se les diga la verdad de frente, por amarga o decepcionante que sea. Es cierto que la verdad debe ser comunicada sin infligir sufrimientos inútiles; ni qué decir tiene que eso debe ser así, en el estadio actual de la civilización y en el segundo siglo de la anestesia.

"Esta asociación -que naturalmente podría alcanzar este nivel ideal sólo al cabo de un tiempo bastante largo- tendría grandes posibilidades de realizar un reparto justo y eficaz del trabajo".

Espera Ferenczi que "en esta atmósfera de franqueza mutua sean

reconocida las capacidades"¹. Concluye así: "La actual fase autoerótica de la vida de asociación sería sustituida por la fase más evolucionada de amor de objeto, en la que la satisfacción ya no sería buscada por la excitación de las zonas erógenas psíquicas (la vanidad, la ambición), sino que sería buscada en los propios objetos de nuestro estudio. Tengo la convicción de que una sociedad de psicoanálisis que trabajase de este modo crearía unas condiciones internas favorables para su actividad y que esta sociedad sería respetada desde el exterior". En efecto, sigue diciendo Ferenczi, "el peligro que de algún modo nos acecha es el de que nos pongamos de moda y que el número de aquellos que se dicen analistas sin serlo aumentase rápidamente". Ferenczi confiesa sin engorros el contenido de sus sueños con respecto a Freud, así como el de un buen número de sus colegas. Pero, al decirlo ante todos, instaura ya lo que será fundado al día siguiente, el día 31, a saber, un lugar de libertad de palabra, un lugar en el que todos, incluso Freud, habrían de poder dar testimonio de su trabajo y exponerse sin fin a la competición. Y sin fin quiere decir aquí sin hallar un estatuto para sentirse suficientes en el silencio. Esto representaba una confianza inaudita en el análisis, inexplicable sin la presencia amigable y paterna de Freud.

Este texto, de 1910, nos permite darnos cuenta de lo que esta amistad ha hecho de Ferenczi: "el paladín, el gran Visir secreto" de Freud, dedicado a la formación de los jóvenes analistas y al mantenimiento de una asociación permanente entre los analistas. La amistad y el autoanálisis controlado corren parejos, y eso como condiciones internas de la transmisión del análisis. Freud escribiría en 1923: "Ferenczi, (...) que hubo de combatir en sí al principio un intenso complejo fraterno, se convirtió, bajo la influencia del psicoanálisis, en un excelente hermano mayor, en un excelente educador y promotor de talentos jóvenes".

¿Quién podría sorprenderse de que las esperanzas de Freud en una Asociación Internacional fuesen decepcionadas en parte (a causa de las partidas de Adler, de Stekel y luego de Jung) y que hubiese de suplirla por un Comité secreto? Lo que importa es ver lo que ello representó para Ferenczi: su amistad transferencial con Freud y su propio análisis ¿qué le permitieron transmitirlos?

La demanda sostenida de Ferenczi

La constante preocupación de Ferenczi, el polo unificador de sus investigaciones, era el de llegar a poder analizar "a fondo". Para hallar y para poder hacer revivir el acontecimiento traumático, habría de inventar nuevos métodos de investigación con sus analizantes y justificarlos teóricamente para transmitirlos a los jóvenes analistas en formación.

Resulta difícil, leyendo algunas cartas que Jones nos dejó de la correspondencia entre Freud y Ferenczi, no constatar que por parte de Ferenczi la queja vence al entusiasmo, la amargura a la confianza, la reivindicación a la satisfacción. Tras una petición de razones por parte de Freud, Ferenczi le escribió muy claramente el 17 de enero de 1930 (tres años antes de morir) para expresarle los dos reproches que estaban en los orígenes de su estado actual. Por una parte, ¿por qué Freud no se había mostrado más atento y más amable cuando Ferenczi se enfurruñaba durante el famoso viaje a Sicilia en septiembre de 1910?. Por otra parte, ¿por qué no había analizado Freud su transferencia negativa en el curso de sus semanas de análisis (en 1914 y en 1916) de quince años antes?.

Por lo tanto no ha de sorprendernos que a esas dos demandas que

permanecían insatisfechas (que Freud le amase, que Freud interviniese) le correspondan los dos "inventos" de Ferenczi: la neocatarsis y la técnica activa. Y con ello indicamos lo esencial de la transmisión de Ferenczi. Dicho de otro modo, ¿no será el discurso analítico de Ferenczi nada más que una consecuencia de los avatares de su transferencia?. Con más precisión, ¿es ese discurso lo que Ferenczi elaboró teniendo como punto de partida las dos *Versagung* de Freud, y en la medida en que Ferenczi no asumió esos dos "rechazos", esas dos "negativas"?.

A tal agujero, bien especificado, que se halla, habría de corresponderle tal invento, que sería su respuesta apropiada, que sería la respuesta que podría colmar ese agujero (pero no delimitarlo). De este modo, el análisis "a fondo" sería alcanzado en el punto justamente donde Ferenczi lo fallara. Lo transmitido sería no tal o cual contenido positivo que Ferenczi habría recibido, sino lo que habría querido darles a los demás a causa de no haber admitido él mismo no haberlo recibido. Por tanto, el único modo posible de transmisión del psicoanálisis sería el siguiente: en la transferencia se transmite un "agujero", que el analizante llegado a analista conseguiría colmar poco a poco mediante su elaboración analítica.

Esta es la hipótesis que aquí hemos de verificar, y hemos de acercarnos aún más a ella, de modo que podamos preguntarnos si sí o no es la única hipótesis posible.

La demanda de ser provocado

De esos dos reproches de Ferenczi, de esas dos demandas sin satisfacer, vamos a tomar primero en consideración la que se refiere a su propio análisis en 1914 y el 1916 con Freud. Este habría debido adivinar la transferencia negativa de Ferenczi e intervenir activamente para analizarla.

El propio Freud, en su artículo *Análisis terminable e interminable*, expone en 1937 esta reivindicación, describiendo lo que sucedió con el análisis de Ferenczi, pero sin citar su nombre (aunque Ferenczi hubiese muerto cuatro años antes). Jones asegura que se trata efectivamente del análisis de Ferenczi con Freud, y el texto es lo bastante claro como para no dejar lugar a dudas:

"Un sujeto, que obtuvo grandes éxitos practicando el psicoanálisis llegó a la conclusión de que sus relaciones con los hombres y las mujeres -con los hombres que eran sus competidores y con la mujer a la que amaba- no se hallaban libres de alteraciones neuróticas, y como consecuencia se sometió al psicoanálisis por otra persona a quien consideraba como superior a él. Este examen crítico de sí mismo tuvo un pleno éxito. Se casó con la mujer a la que amaba y se convirtió en amigo y maestro de sus supuestos rivales. Muchos años pasaron de esta manera, durante los cuales sus relaciones con su psicoanalista permanecieron sin nubes. Y entonces, por razones no apreciables exteriormente, se produjo una recaída. El hombre que había sido psicoanalizado se hizo antagonista del analista, y le reprochó que no había llevado el análisis hasta su término. El analista, según él, debería haber sabido y haber tenido en cuenta el hecho de que una relación transferencial nunca puede ser únicamente positiva; teniendo en cuenta este hecho, debería haber prestado atención a las posibilidades de una transferencia negativa. El psicoanalista se defendió diciendo que en la época del análisis no había signos de transferencia negativa. Pero incluso admitiendo que no había sabido descubrir algún ligero signo de ella -lo cual no había que descartar, si se considerase el limitado horizonte en aquel período de infancia del

análisis- resultaba dudoso, pensó, que hubiera podido activar un tópico (o, como decimos nosotros, un "complejo") sólo por alusiones, en cuanto éste no era actual en el paciente en aquel momento. Para poder agitar ese cascabel, el analista se hubiese visto obligado a algún acto realmente poco amistoso. Además, añadió, no toda buena relación entre un analista y su paciente durante y después del análisis ha de considerarse como una transferencia, porque existen también relaciones amistosas que están basadas en la realidad y que resultan viables".

Y más aún que eso, el artículo entero, en sus ocho párrafos, es una respuesta detallada al conjunto de la teoría ferencziana, que está, como veremos, centrada esencialmente en los métodos analíticos que se requieren para que el análisis llegue a su "término natural".

La demanda de Ferenczi está enganchada al postulado de una proposición universal: La transferencia no es nunca sólo positiva el analista debe por tanto provocar el surgimiento de la transferencia negativa para que llegue a ser actual y para que sea así analizable. En los fantasmas provocados, de 1924, Ferenczi nos describe detalladamente su intervención al fin del análisis de un hombre que conservaba una fuerte transferencia positiva para con él. Le fija un término al tratamiento para provocar la cólera y para hacer que surja así un odio de la infancia profundamente reprimido (odio supuesto). El analizante no reacciona. Y entonces Ferenczi le incita a que imagine "algo que sea agresivo" para con él. Y aparecen por fin la angustia, un fantasma de sacarle los ojos a su analista, e incluso... de violarlo. Fue un éxito, y fue reconstruida así toda la génesis infantil de su líbido.

El aspecto sorprendente de esta intervención no puede sin embargo ocultarnos lo que sucede con lo real que está ahí encausado. Es lo real de la "recaída" de Ferenczi después de su análisis, es lo real que remite a lo real cotidiano de todo análisis, tanto de Freud como de Ferenczi. Me refiero a los obstáculos que tiene el avance en el análisis, el estancamiento, los tiempos muertos, el abuso de la regla de la asociación de ideas; y para decirlo todo, la resistencia a la rememoración y al levantamiento de la represión.

En 1914, en el artículo *Recuerdo, repetición y elaboración*, Freud indica claramente hasta dónde ha llegado su habilidad analítica. El límite del recuerdo, de la rememoración, es franqueado por la repetición en la transferencia o en el acting-out con el analista. La repetición es una "manera de rememorse", un Agieren significativo y singularizado de este modo el análisis se presta a la transferencia para que el "dejar repetirse" tome el lugar del "dejar rememorar" del tratamiento hipnótico.

En este punto preciso en donde se sitúa la "técnica activa" de Ferenczi, el "dejar repetirse" no implica ninguna pasividad por parte del analista. Se trata no ya tan sólo de no ponerle trabas a las tendencias a la repetición en el análisis, sino incluso de favorecerlas, a condición de saberlas dominar (...) Por otra parte, ciertas resistencias se oponen a menudo a la compulsión de repetición, en especial unos sentimientos de angustia y de culpabilidad que no podemos llevar hasta su término si no es mediante una intervención activa, es decir, favoreciendo la repetición.

Al agieren de la acción repetitiva por el lado del analizante debe corresponderle por el lado del analista la actividad. "La actividad moderada, pero enérgica si fuese necesario, que se exige en el psicoanálisis, reside en el hecho de que el médico acepta en cierta medida desempeñar verdaderamente el cometido que le es prescrito en el inconsciente del paciente y por sus tendencias a la huida. Se favorece de este modo la tendencia a repetir experiencias traumáticas

precoces, que en general están ligeramente inhibidas, y teniendo, claro está, como objetivo final el vencimiento definitivo de esa tendencia a la repetición por la revelación de su contenido".

Desempeñar ese cometido² significa permitirle al análisis un avance "más rápido", incitando a la repetición en lo que es sentido y en lo que es vivido actualmente en la relación analítica, con vistas a levantar la resistencia a la emergencia de nuevos recuerdos. Este cometido que le prescribe el inconsciente del analizante es el de un "agente provocador" que, por una parte, prescribe conminaciones para que sea hecho un cierto acto que es causa de displacer; y por la otra, que, cuando ese displacer se ha transformado en placer, prescribe el interdicto de hacer ese acto (es la regla de la abstinencia).

La concepción de la transmisión que subtiende a este método de intervención aparece con mucha claridad en la descripción de un análisis de histeria, por ejemplo en el artículo "Dificultades técnicas de un análisis de histeria", de 1919. En una topología del cuerpo en la que la zona genital habría de totalizar y unificar la libido, los interdictos y las conminaciones tienen como fin el de elevar unas "presas de contención" para después suprimirlas, y que habrían de encauzar las vías inconscientes y habituales de derrame de la excitación por vía de la motricidad. (De ahí el interés que tiene Ferenczi por lo que llama "el lenguaje de los gestos" que hay que descifrar, o más bien que hay que ver, como lugar de la motricidad autoerótica, y que está formado por los tics, la estereotipia, el onanismo larvado, la tartamudez, la necesidad de orinar antes y después de la sesión, la agitación de las manos y de las piernas, etc...). Por ejemplo, en el caso citado, Ferenczi prohíbe todo equivalente de onanismo "es decir, escribe, unas excitaciones aparentemente anodinas de partes del cuerpo indiferentes y que sin embargo sustituyen, cualitativa y cuantitativamente, la erogeneidad de los órganos genitales".

De este modo, la sexualidad de esta analizante "a la que le habían sido interceptadas todas las vías de derrame normal, encontró por sí misma, y sin que ello exigiera la más mínima indicación al respecto, el camino hacia la zona genital que le estaba asignada normalmente y de la cual había sido reprimida en una cierta época del desarrollo, o por así decirlo exilada de su patria hacia países extranjeros".

Habría una finalidad "natural" inscrita en el "psiquismo", una inscripción universal en virtud de la cual un hombre "de verdad" y una mujer "de verdad", genitalizados, pueden hacerse uno. Este es el saber del analista, el saber objetivo de lo sexual que estaba ahí antes de que él lo supiese. Sabe lo que hay que transmitir, y lo transmite sin esfuerzo, mientras que hasta entonces se hacían esfuerzos, escribe Ferenczi, para obtener un efecto terapéutico de la reacción del paciente a las explicaciones que se le daban. Lo que a partir de ahora queremos hacer es poner el saber adquirido y establecido por el psicoanálisis íntegramente al servicio del tratamiento, provocando directamente, en función de nuestro saber, las experiencias vividas (Erlebnisse) adecuadas y limitándonos a explicarle al paciente sólo eso que ha sentido y que, por supuesto, le resulta también directamente perceptible. (Perspectives de la psychanalyse). El acto personal del analista sólo interviene en la elección de los medios de conseguirlo según la singularidad de cada caso, tal como un buen pedagogo sabe cómo hacer para tratar de lo sexual. Esta es una transmisión de tipo universitario y teológico.

Y hay algo notable, y es que en cada uno de los artículos que se refieren a la técnica llamada activa, Ferenczi apela al nombre de Freud, como si fuese él quien hubiese instaurado y aprobado, mediante comunicación oral o escrita, esta "nueva" regla analítica. En efecto, si leemos

las Vorlesungen (Lecciones introductorias) de 1916, y sobre todo la ponencia de Freud en el Congreso de Nuremberg en 1910, El porvenir de la terapia psicoanalítica, así como la que presentó en el Congreso de Budapest en septiembre de 1918, en la ciudad de Ferenczi, bajo el título de Los caminos de la terapia psicoanalítica, nos daremos cuenta de que la técnica activa está descrita y es promovida en ellos, y muchos antes del primer artículo de Ferenczi sobre el tema (artículo que Freud calificará como "puro oro psicoanalítico"). Así nos damos mejor cuenta de la reivindicación de Ferenczi y de sus sobreentendidos, que podríamos formular así: si en la época de mi análisis, en 1914 y 1916, practicaba ya usted la "actividad", entonces ¿por qué no lo hizo conmigo?

Es cierto que en su conferencia de 1910 Freud alimentaba la esperanza de una verdadera política social de profilaxis de las enfermedades neuróticas mediante la transmisión a la opinión pública del "sentido secreto de las neurosis", de tal modo que sabiendo los enfermos que los que les rodean saben qué les sucede, perderían todo interés para dejar de reconocer sus pulsiones. Suponed que un grupo de señoras y caballeros de la buena sociedad ha planeado una excursión a un parador campestre. Las señoras han convenido entre sí que cuando alguna de ellas se vea precisada a satisfacer una necesidad natural, dirá que va a coger flores. Pero un bromista pesado sorprende el secreto, y el programa impreso que han acordado repartir a los partícipes de la excursión incluye el siguiente aviso: "Cuando alguna señora necesite permanecer sola unos momentos, podrá avisarlo a los demás diciendo que va a coger flores". Naturalmente, ninguna de las excursionistas empleará ya la florida metáfora, y cualquier nueva convención tendría sus dificultades. ¿Cuál será la consecuencia?. Que las señoras confesarán sin falso pudor, en el momento dado, sus necesidades naturales, y los caballeros no lo extrañarán lo más mínimo. Volvamos ahora a nuestro caso, más serio. Un gran número de individuos, situados ante conflictos cuya solución se les hacía demasiado difícil, se han refugiado en la neurosis, asegurándose así mediante la enfermedad ventajas innegables, aunque demasiado caras a la larga. ¿Qué habrán de hacer estos hombres cuando las indiscretas revelaciones del psicoanálisis les impida la fuga, cerrándoles el camino de la enfermedad?. Tendrán que conducirse con sinceridad, reconocer las pulsaciones en ellos dominantes, afrontar el conflicto y combatir o renunciar a sus deseos; y la tolerancia de la sociedad, consecuencia de la ilustración psicoanalítica, les prestará su apoyo".

En 1918, en Budapest, Freud expuso las condiciones de realización de la esperanza consistente en la evolución de la terapéutica sobre todo en el sentido, dijo, que Ferenczi indicó recientemente, hacia la actividad del psicoanalista. En efecto, no basta con que el enfermo sea activo: ¿debemos acaso abandonar por completo al enfermo en la empresa de vencer las resistencias que le hemos revelado?. ¿No podemos prestarle en ella más ayuda que la emanada de la transferencia?. ¿No será más natural continuar nuestro apoyo colocándolo en la situación psíquica más favorable a la solución deseada del conflicto?. Los hechos y los gestos del paciente dependen de múltiples circunstancias exteriores conexas. ¿Cómo habríamos de tener reparos en modificar esta conexión de un modo adecuado?. A mi juicio, semejante actividad del médico analítico está más que suficientemente justificada. Y Freud sigue con el desarrollo de las dos facetas de la actividad del analista, a saber, el interdicto mediante la regla de la abstinencia "por más cruel que eso pueda parecer", y por otra parte, los "consejos" y las conminaciones (como por ejemplo, impulsando a un agorafóbico a que salga solo).

De este modo, la técnica activa, el saber posible de lo sexual y la transmisión de ese saber a la sociedad a fin de que los beneficios del análisis se extiendan hasta el más pobre y el más ignorante, estas tres cosas se sostienen juntas en la creencia en "las luces" del analista. En esta época, el discurso histérico y el discurso analítico, según la distinción de Lacan, son para Freud una misma cosa. Es mantenida la esperanza "histérica" de llegar un día a un saber sexual susceptible de ser enseñado y transmitido. Según la fórmula de Lacan S^1 a S^2 del discurso histérico, la esperada producción de S^2 se identifica con "el porvenir del psicoanálisis".

El tipo de transmisión que es común en ese momento a Freud y a Ferenczi, consiste en que el inconsciente sería eso que calificaría a unos Gedanken, a unas cosas no sabidas que pueden llegar a ser sabidas gracias al analista. Y este tipo de transmisión está sostenido por un fantasma masoquista en el analizante (¡que la voz del analista me provoque!) y por un fantasma sádico en el analista (¡que mi voz le provoque!). Si encontramos esos dos fantasmas en una y otra parte, la transmisión está asegurada.

Y lo que es más notable es que a partir de 1920 Freud y Ferenczi se separarán para proseguir sus investigaciones por caminos divergentes. El descubrimiento de la segunda tópica, del más allá del principio del placer y de la pulsión de muerte, llevará a Freud a abandonar cualquier esperanza política puesta en la técnica activa. En efecto, la pulsión de muerte es un interdicto a cualquier eudemonismo, abre una hiancia, introduce una inadecuación entre la llave y su cerradura. No está inscrito en la "naturaleza" del ser humano que haya de tender hacia un punto esperado y finalizador, hacia un punto en el que coincidirían su placer y su verdadero bien (¡poco importa si antes o después de la muerte!). Ferenczi, por su parte, se orientaría hacia la neocatarsis, según la línea misma de la "actividad". Y ello, no sin consecuencias por lo que a transmisión se refiere.

Una transmisión sin confusión de lenguaje.

El segundo reproche que Ferenczi le hace a Freud se refiere a un acontecimiento que fuera decisivo para él, aún más de lo que parece, que su análisis. Volverá una y otra vez sobre ese acontecimiento, hasta 1930, es decir, veinte años más tarde. Nos referimos a su famoso viaje de Sicilia en septiembre de 1910 en compañía de Freud. Las pocas cartas que Jones nos ha hecho llegar nos dejan adivinar que Ferenczi experimentó durante ese mes una herida narcisística de la que no habría de curarse jamás. Después de lo que Freud hubo dicho, estuvo durante el curso del viaje huraño, enfurruñado, se perdía entre ensueños, estuvo a la vez insatisfecho y silencioso. Era una mezcla, escribía Freud, "de tímida admiración y de sorda resistencia". El reproche que le hizo Ferenczi a Freud se refiere a su actitud, a que no estuvo nada activo, y a que no hizo ningún esfuerzo para salir de ahí. "Me he mostrado como débil, le escribirá Freud el 6 de octubre. No soy el superhombre que su imaginación le había representado". Pero a esta primera Versagung de intervención viene a añadirse otra más importante, y que se refiere a la misma causa de la "melancolía" de Ferenczi; me refiero a lo que Freud le dejó entender de su análisis con Fliess. No se trataba tan sólo de que Freud, hablando de Fliess, exitase los celos de Ferenczi ("en esta época, mis sueños, como le dejé entender, estaban completamente repletos del asunto de Fliess, lo cual, y vista la naturaleza de las cosas, había de resultarle difícilmente simpático").

Además de eso le oponía un rechazo a la demanda insaciable incondicional de Ferenczi de ser amado igual que Fliess lo fue y,

además de eso, de recibir de la boca de Freud las mismas confidencias que Fliess había recibido; "no solamente ha observado usted, sino que en la misma medida lo ha comprendido, que ya no siento ninguna necesidad de revelar completamente mi personalidad. Y usted lo ha atribuido con mucho acierto a una razón traumatizante. Desde el asunto de Fliess, que hube de ocuparme recientemente en liquidar, como usted ya sabe, la necesidad de la que se trata ya no existe para mí".

Esta "razón traumatizante" es la que Ferenczi quisiera borrar. Allí donde Fliess decepcionó las esperanzas de Freud es donde Ferenczi no le habría de fallar. Pero Freud le pone un límite a la demanda de Ferenczi de recibir de un padre los secretos de su goce o de su falta de goce, para poder "salvarle" a cambio. "Era notorio que usted sospechaba que yo tenía grandes secretos y que usted sentía una gran curiosidad en conocerlos. Esta era una reacción infantil fácil de descubrir. De la misma manera que le he dicho todo lo que se refiere a los temas científicos, no le disimulé demasiado unos hechos personales."

Ferenczi estaba "enfurruñado" porque no quería aceptar esta segunda negativa de Freud. Y también hacía mediante ello una llamada. A la que Freud no respondió. Y de ahí ese incesante reproche que Ferenczi le dirigía a Freud, recriminándole no haberle mostrado la suficiente "gentileza", la suficiente amabilidad, y, digamos la palabra clave, el suficiente cariño.

¿No resulta pues sorprendente que el segundo "invento" teórico y técnico de Ferenczi a partir de 1927 la neocatarsis por medio del cariño, se presente como la respuesta que les da a sus analizantes, y que sea esa misma respuesta la que él espera de Freud durante veinte años, a partir de ese "traumático" viaje en septiembre de 1910?

Sí, es cierto.

Pero a ese sí hay que añadirle algunas observaciones.

En primer lugar, y a pesar de la "actividad", Ferenczi se encuentra por segunda vez en sus análisis con el mismo real y lo encuentra en el mismo lugar. Tiene el rostro de la resistencia a la palabra en sus analizantes. Y la técnica activa no basta para levantar la represión. En efecto, ser provocados, ¿no es precisamente lo que esos analizantes desean, lo que demandan?. ¿Que se repita así un traumatismo antiguo en ellos mismos!. ¿No manifiesta la pasión de curar del analista activo una agresividad de adulto sobre niño que en este caso se ejerce sobre el adulto en análisis?. En efecto, queda una resistencia a decirlo todo, así como una falta de confianza "en la buena voluntad inquebrantable del analista".

Ferenczi se hace preguntas. Y luego, después de una época en silencio sobre el tema de la técnica activa, aparecen en 1928 el artículo sobre "El problema del fin del análisis" y el artículo muy notable sobre "La elasticidad de la técnica analítica". Ferenczi se puso a pensar que esta resistencia es de hecho un desafío frente a un analista de "superioridad infundada". Y concluyó diciendo que si éste sabía confesar sus errores y sus debilidades, entonces aparecía la demanda radical, una demanda de cariño ingenuo e inocente, sin angustia ni culpabilidad. Fue a partir de ahí cuando Ferenczi, en su estudio de 1929. "Relajación y neocatarsis, apeló al nombre de Freud e intentó volver a valorizar la teoría freudiana del trauma infantil por seducción violenta del adulto, teoría de los años 1893, 1895. "La actividad" pasa a ser, a partir de entonces, la actividad traumática del adulto sobre el niño. "La brusca resurgencia de aspectos de una vieja técnica y de una vieja teoría no habrían de asustarnos", escribe en 1929.

Hay un trauma permanente proveniente de la tendencia incestuosa del

adulto, de sus formas pasionales de amor o de odio; y esta actitud es vivida por el niño como algo incomprendible como algo extraño y que está sometido a la ley única del capricho. Según esto, hay que tomar los fantasmas históricos como tales; esos fantasmas dicen de qué manera "los padres y los adultos llegan muy lejos en sus presiones eróticas sobre los niños".

Y con ello, Ferenczi se refiere de nuevo a Freud. No inventa nada, sino que vuelve a primer descubrimiento de Freud. Lo que añade es su estilo, el de su convicción, de su encariñamiento, de su ternura obstinada, con los que toma resueltamente partido a favor del niño y contra el adulto, sacando luego de ello unas consecuencias técnicas de intervención. Su emotiva ponencia en el XII Congreso de Wiesbaden en Septiembre de 1932, ocho meses antes de su muerte, tiene la apariencia de un testamento. Su título es *Confusión de lenguaje* (Sprachverwirrung) entre los adultos y el niño. Aunque se trate de la misma lengua materna, los lenguajes son diferentes y el malentendido deja un trauma. Efectivamente, el lenguaje del adulto es el de la pasión del amor y del odio, pasión ésta que le oprime, lenguaje de erotismo violento y culpabilizante, con imagen de orgasmo. Y el niño sólo conoce y admite el lenguaje del cariño, el lenguaje lúdico y festivo, con el erotismo ligero y suave de los "placeres preliminares". La transmisión está pues abocada por fuerza al fracaso.

Al contrario, en el análisis, la transmisión se hace posible si "le damos a partir de ahora más importancia a la manera de pensar y de hablar de nuestros niños, de nuestros pacientes y de nuestros alumnos y, por decirlo así, les desatamos la lengua ¡aunque a menudo permanece en secreto, esta manera de pensar contiene muchas críticas; de este modo tendrán ustedes ocasión de escuchar no pocas cosas!".

¡Sí, claro, y no pocas críticas!. El analizante podrá entonces decirle al analista lo que no pudo decirle en otros tiempos al adulto: "¡No a su hipocresía. . . a sus pretensiones ridículas, a su amor opresivo "exhibido o afirmado", no a su pasión de curar!" Quiero decir con esto que el analizante se hace capaz de reaccionar "um Unlust", con displacer, esto es, sin una compulsión a identificarse con el agresor, es decir, con el analista.

"Es ahí donde topamos con unas resistencias considerables, que son nuestras propias resistencias y no las del paciente". Pero, si está analizando "a fondo", el analista llega a ser capaz de jugar con el niño que hay en el adulto analizante. Repite lo que sucedió en otros tiempos cuando el niño, abandonado y herido, "jugó consigo mismo". "Realmente parece, escribe Ferenczi, que bajo la presión de un peligro eminente, se enciende un pedazo de nuestro yo, pasando a ser como una instancia autoperceptiva, una instancia que quiere ayudarse a sí misma, y ello al parecer ya desde la primera e incluso la primerísima infancia".

¿No está aquí Ferenczi revelándonos a fin de cuentas su fantasma, ahí, en esa escisión narcisista?. ¡Se trataría de que una parte de él, la de hijo, se ocupase de él con cariño, de lo que en él es padre!. A este punto vienen a convergir tanto las cartas de Ferenczi a Freud como su propia práctica analítica.

Todo esto no deja de estar en relación con la "homosexualidad masculina", con la homosexualidad perversa. En aquélla "se trata de una fascinación por el 'semejante' de la que ningún sujeto, ni ningún analizante (y sabemos en efecto que ésa era efectivamente la posición de Freud en relación a Fliess) podría llegar a desprenderse completamente, a menos de que su análisis le llevase a dar cuenta de que la prohibición del incesto, en la medida en que se significa en un significativo que vehicula su acción a través de las generaciones, es el

único sentido admisible de la consubstancialidad del padre y del hijo". La transmisión que según Ferenczi tiene éxito corresponde a ese tipo "homosexual", es una relación "sin indiscreción ni secreto", según la fórmula que Jones utiliza para referirse a la demanda de Ferenczi a Freud:

Saber cómo hacer o saber ignorar ahí donde sea preciso.

Llegados al término de este recorrido, comprendemos lo que sucede con la paradoja de la transmisión del psicoanálisis. Los dos reproches, que se hacen cada vez más explícitos, que Ferenczi le hace a Freud (falta de intervención activa, falta de cariño), lejos de quedarse en una situación de esterilidad, dirigieron sus investigaciones y sus elaboraciones teóricas y prácticas sobre la técnica activa y sobre la neocatarsis. La primera desde 1919 hasta 1925, y la segunda desde 1927 hasta 1933 (durante seis años cada vez).

1°. Se da el caso de que estos "dos" inventos son lo que Ferenczi dice haber recibido de Freud. El primero lo sostuvo Freud desde 1910 hasta 1920 (Más allá del principio del placer). El segundo tiene su fundamento teórico en la primera hipótesis de Freud sobre el trauma (1893-1895).

En estos casos, hay una transmisión claramente reconocida y confesada. . al menos desde Ferenczi!.

2°. Pero los dos reproches de Ferenczi apuntan hacia una falta de transmisión por parte de Freud, hacia una negativa, un silencio. Y esto Ferenczi no pudo admitirlo y asumirlo; no aceptó que hubiese un límite de lo simbólico en su relación con lo real. Y es por ello que cuando encuentra este límite en sus analizantes bajo la figura de la resistencia a la rememoración, de nuevo no puede consentirlo. "La pasividad" del analista, como dice él, le resulta insoportable, y busca "nuevas reglas" de orden técnico, incluso recurriendo a lo que Freud considera como superado para él mismo.

3°. De ahí proviene una paradoja. Es en la medida en que hubo algo fallido, en la medida en que algo referente al "término" de su propio análisis y al "fin" que demanda no se transmitió, que hay entonces transmisión en otro lugar, sobre problemas de orden técnico con sus analizantes. Problemas sobre cómo hacerles hablar, cómo intervenir, cómo crear confianza, etc., etc.

La paradoja que nos queda por explorar es la siguiente: ¿no es eso revelador a contrario de lo que es la verdadera naturaleza de la transmisión en el análisis?.

Esta paradoja es reveladora de que la reivindicación de Ferenczi proviene del olvido de lo que hace que Freud sea igual que él, a saber, la castración simbólica. Y este olvido mantiene la demanda de recibir un savoir-faire, una habilidad en el amor, demanda dirigida a aquel supuesto saber cómo bastarse en esa materia. Es de este modo como todo vínculo social fundamentado en la suficiencia perpetúa una transmisión por vía de aprendizaje.

La habilidad, el saber cómo hacerlo, no se transmite.

Jones nos confía lo siguiente en su obra sobre Freud: "Cuando fui a ver a Freud durante el verano de 1909 me dijo que se proponía escribir un pequeño memorandum de máximas y de reglas técnicas que pensaba poner a la disposición sólo de los analistas que estuviesen más cerca de él. Esta noticia suscitó como es natural una esperanza entre nosotros, pero el proyecto no fue realizado (...). nadie volvió a oír hablar de este proyecto y esas páginas preciosas no llegaron hasta nosotros". Y más adelante dice: "Freud se sentía incapaz de redactar una exposición completa y pensaba por otra parte que era tan

imposible dar por escrito todos los detalles de esta técnica como describir todas las realizaciones de un ingeniero o de un investigador de laboratorio. La diversidad casi infinita de las situaciones lo impedia.

Pero Ferenczi no lo entendía así. En sus Perspectivas del psicoanálisis, de 1924, después de haber hecho un relato de "la extrema reserva" de Freud sobre la técnica, añadió: "Descontentos con este estado de cosas, nos hemos sentido en diversas ocasiones obligados a suspender nuestro trabajo para darnos cuenta de esas dificultades y de esos problemas. Descubrimos entonces que nuestro poder técnico había hecho mientras tanto unos progresos que no eran negligibles, cuya comprensión y apreciación plenas y conscientes permitían extender en una medida considerable nuestro saber. Finalmente nos pareció necesario, teniendo en cuenta la necesidad manifiesta y general de clarificar la situación, comunicar nuestra experiencia. Y nos pareció que el mejor medio para conseguirlo consistía en exponer antes que nada cómo practicamos hoy el psicoanálisis y lo que eso quiere decir para nosotros en la actualidad".

Freud no daría su brazo a torcer. En la ocasión en que le escribió a Ferenczi para decirle lo que pensaba sobre su artículo sobre "la elasticidad de la técnica analítica", Freud señalaba refiriéndose a sus propios artículos sobre la técnica que "los consejos sobre técnica que escribí hace tiempo tienen esencialmente un carácter negativo. Me pareció que lo que había que subrayar antes que cualquier otra cosa era aquello que no había que hacer, y que había que hacer evidentes las tentaciones que pudieran contrariar el análisis. No me ocupé en hablar de todas las cosas positivas que habría que hacer. Dejé el cuidado de esas cosas al tacto cuyo estudio emprende usted ahora". Pero ¿es ese tacto del que habla Ferenczi algo transmisible a los principiantes? Esto es ¿es ese tacto enunciable en unos enunciados que sean positivos y universales? Freud tiene sus dudas. "Aquellos que estén faltos de tacto encontrarán en lo que usted ha escrito una justificación de su actitud arbitraria, es decir de su subjetividad, es decir también de la influencia de sus propios complejos no dominados".

Esto es precisamente lo que Freud le reprochará a Ferenczi en la famosa carta del 13 de diciembre de 1930 sobre la neocatarsis a propósito del beso. Su objeción no proviene de la "mogatería o del respeto a consideraciones burguesas", escribe, sino del carácter intransmisible de esta técnica para con los jóvenes analistas. En efecto, ¿dónde encontraríamos la justificación de que hubiésemos de quedarnos ahí?. ¿Por qué no ampliar el repertorio a todo tipo de "juegos de manoseo"? "La neófito (analizante) solicitará siempre más y más interés de ése que tenemos por ella misma, y los más jóvenes de nuestros colegas tendrán muchas dificultades para detenerse en el punto que al comienzo se habían fijado".

En pocas palabras, la experiencia clínica no se transmite. Con más exactitud, lo que transmite no es operativo, y, más aún, lo único que hace es recargar las meninges del analista ante lo nuevo, lo inesperado, lo singular de la palabra del analizante.

En efecto, "el saber acumulado en su experiencia se refiere a lo imaginario". No es lo ilusorio, sino una sedimentación de rasgos comunes a diversos "casos" lo que proporciona la apariencia de lo universal, de eso que es comparable a esos tipos universales de la literatura, a esos "caracteres", como Harpagon, Don Juan, etc. Los informes clínicos de "casos", de los que la literatura analítica abunda en sus múltiples variantes, constituye esa "mala ciencia" en la que todo es posible. En ella siempre es incierta la determinación de los límites

de los efectos imaginarios de lo que en ella hay de real. Es una ciencia "que sólo es una ayuda engañosa para la acción del analista, pues sólo le importa lo que se deposita y no lo que le incumbe".

Por lo que a este punto se refiere, Freud, no sólo tiene una extremada reserva, sino que sostiene una extremada exigencia, cuando remite al analista a su subjetividad. "He de decir expresamente que la técnica aquí aconsejada ha sido obtenida como la que era adecuada sólo para mi personalidad. No me atrevería a discutir que una personalidad médica distintamente constituida se viese llevada a preferir una actitud diferente ante los enfermos y ante el problema que está por resolver". ¿Quiere ello decir que el análisis está sometido a la arbitrariedad?. En absoluto. Aquí encontramos efectivamente la "segunda regla analítica", por la que Ferenczi luchó tanto; el analista debe estar analizado "a fondo", es su reclamación. "Tengo efectivamente la sensación, escribe, de que desde la adopción de la segunda regla fundamental en vías de desaparición las diferencias en la técnica psicoanalítica". (1927).

Pero ¿de qué se trata cuando habla de ese "fondo" en el que cifra todas sus esperanzas?.

Del todo y para siempre

La gran preocupación de Ferenczi era la de encontrar los medios para llegar a un análisis "a fondo" y para establecer los criterios de ese fondo, de ese desesperado decirlo todo.

La propuesta minuciosa, definitiva y pública de Freud a esas dos preocupaciones de Ferenczi es el artículo de 1937, Análisis terminable e interminable. ¡Cuatro años después de su muerte!. Lentitud y espera de Freud, que contrasta con la actividad de Ferenczi y sus análisis breves y rápidos.

¿Cómo podríamos dudar de que este artículo se refiere a los escritos de Ferenczi?. Freud habla del análisis personal de Ferenczi, como ya vimos; además cita repetidas veces su nombre; pero además de todo eso, los ocho párrafos de ese artículo vuelven detalle por detalle sobre las exigencias ferenczianas del término del análisis. ¡Y con qué estilo!. Cada párrafo comienza con una adhesión a Ferenczi, continúa luego con unos interrogantes que introducen la duda, para transformar por fin la adhesión en reserva, en escepticismo. En un escepticismo que podríamos comparar con el "malestar" en la cultura. ¡O con el "malestar en el psicoanálisis", como escribiría más tarde Lacan!. "Comprendemos los esfuerzos terapéuticos que, ¡ay! han resultado infructuosos, suspira Freud, a los que un maestro del análisis como es Ferenczi ha dedicado sus últimos años". Pero no basta con comprender, eso dice Freud. Hay que constatar.

Freud vuelve sobre la pregunta que se hacía Ferenczi: ¿Qué hay que hacer para "liquidar totalmente y para siempre un conflicto pulsional?. Para apresurar su fin, ¿habría que fijarle al analizante un término a su análisis en algún momento anterior a ese fin?. La respuesta es: esto no da ninguna garantía de éxito, ni mucho menos. O, al contrario ¿habría que crear una profilaxis?. ¿Crear "activamente" un conflicto para paliar la eventualidad de un conflicto futuro que provocase una "recaída"?. ¿Es eso posible?. ¿Se puede, a partir de un saber ya sabido, instaurar una política social de prevención?.

Poco a poco se introduce la duda, y la pregunta sobre qué hay que hacer es sustituida por la pregunta sobre si hay o no un criterio que permita decir -y no general, sino para tal o cual sujeto en su singularidad- que haya sabido un análisis "total y para siempre". ¿Se puede hablar como lo hace Ferenczi de "término natural"?. ¿Se puede designar lo que significa el "del todo" y el "para siempre"?. La cuestión

va invirtiéndose lentamente en el curso de los ocho párrafos. Efectivamente, escribe en primer lugar Freud, "la pregunta debería referirse a cuáles son los obstáculos que se hallan en el camino de tal curación". Y encuentra tres de esos obstáculos:

1. **El destino.** El "para siempre más" es imposible de decir, por lo imprevisible que es la suerte. "Competir con la suerte" mediante "cruces" intervenciones activas que creasen un conflicto con vistas a obtener una vacuna contra todas las suertes imaginables de la fortuna, sería negar la contingencia del azar, dichoso o desgraciado y querer convertirse en dueño del porvenir. Esta es la crueldad de cualquier política de prevención mental sostenida en un saber de adivino. Ya el 17 de Noviembre de 1911 intentaba Freud calmar la furia adivinadora de Ferenczi. "Sus trabajos sobre el ocultismo contienen un elemento de impaciencia injustificada".

2. **La pulsión de muerte.** El "del todo" del Eros unificador encuentra su fallo ante "el testimonio irrefutable de la presencia de otra fuerza" de discordia y de diseminación, a saber, la pulsión de muerte, que hace que sea imposible "creer que los fenómenos psíquicos estén exclusivamente regidos por el principio del placer". Y como consecuencia la pasión de curar se siente mortificada por ello.

3. El rechazo de la femineidad. La reivindicación fálica del hombre y de la mujer dirigida al padre es inagotable, no tiene fin. En su artículo de 1927, Ferenczi, haciendo de la superación de la angustia de castración y del penisneid el criterio del término del análisis, se muestra verdaderamente muy "exigente". Haber sido desprovisto del falo simbólico, estar así en la posición de tener que demandar una transmisión, y tener que estarle "agradecido" a aquel que es "el sustituto del propio padre", es algo contra lo que hay una resistencia específica que "no provoca transformación alguna". Resulta más ventajoso mantener intacta la imagen de un padre que nos ha privado y que nos ha echado al mundo "mal hechos" para tener así de qué protestar sin fin sobre el propio estado. Sin fin o con un fin: el suicidio. No existe ninguna técnica de facilitación, ni cariño paternal alguno que puedan restañar esa herida narcisista de la privación, y que puedan hacer reconocer que la femineidad, la Weiblichkeit no es algo que haya de ser rechazado³.

Todo esto es "predicar en el desierto", escribe Freud. A causa de estos tres obstáculos, a saber, el destino, la pulsión de muerte y el rechazo (Ablehnung) de la femineidad, resulta imposible determinar ese estado en el que tendrían lugar lo acabado, lo terminado, la perfección que la noción ferencziana de término natural implica; se hace imposible determinar ese estado de sabiduría que quedaría consagrado por la denominación de "analizado" implicaba en esa noción. Según ese modo imaginario de completud, no hay garantía alguna de transmisión.

En este sentido, la habilidad se anula, puesto que no tenía otro valor que el que le daba el ser un medio en función de un fin previo que había que transmitir. De ahí el posible trastocamiento: los obstáculos que tiene una habilidad se convierte de vuelta en límites del ser de saber. ¿Cómo se opera ese trastocamiento?

¿No son justamente éstos los límites que el analista tiene que establecer por el propio lugar que ocupa?

A favor de una metapsicología de la libido del analista.

El destino, la muerte, la femineidad. Estas tres figuras están ahí esperándonos, y tenemos la certeza de que nadie puede escapar de ellas, y de que están indeterminadas en lo que se refiere a su manifestación concreta para cada cual. Y ¿no estarán designando con ello un sitio, el lugar donde se está el analista?

Lo que sorprende es ver a alguien como Ferenczi dirigiéndose a tientas hacia ese sitio, sin llegar a encontrarlo realmente, en su artículo sobre La elasticidad de la técnica psicoanalítica de 1928. Parte en efecto de la necesidad de la línea elástica en la intervención, comparable con la de la táctica militar, de la estrategia política, de la persuasión publicitaria.

Por una parte: que se borre el narcisismo del analista, en la confesión de sus errores y de su ignorancia, en "la humildad más que cristiana", en la aceptación serena de "estar representando el papel de un títere de feria que recibe las bofetadas provocadas por los afectos de displacer del paciente" hasta que se agoten en él el rechazo (Ablehnung) o la desconfianza (Unglauben).

Por otra parte: Mantenimiento firme de los propios puntos de vista "mientras su inanidad no se demuestre plenamente", estimación fría y objetiva de la situación sin hacer que intervengan los sentimientos propios.

Y finalmente, Ferenczi reconoce que esa oscilación no responde a una pura técnica, sino a una metapsicología (que está todavía por elaborar) de la libido del analista. En efecto ¿de dónde habría de provenirle al analista ese balanceo pendular por el que unas veces "entra en los sentimientos de otro" mediante el borramiento de su yo, y por el que otras veces opera "esa estimación consciente de la situación dinámica", si no fuese de "su facultad para caracterizar su libido como la parezca"? Pero ¿cómo es posible esto?

Ferenczi escribe: "Durante el trabajo prolongado de cada día, no puede en absoluto abandonarse al placer de agotar libremente su narcisismo y su egoísmo en la realidad en general, sino sólo por la imaginación y durante cortos momentos. No me cabe duda de que una carga tan excesiva, que difícilmente en contraría otra comparable a ella en la vida, acabará exigiendo más pronto o más tarde el establecimiento de una higiene especial para el analista". (Traducción -de la traducción- de J. Lacan).

Y concluye Ferenczi con la decisión de que sólo un análisis "con éxito", un análisis "a fondo" puede permitir el goce de esa libertad y falta de viscosidad de catexis. Ya no se trata de un dominio técnico que permite no caer en las trampas de la demanda del analizante, sino de evitar que éste se identifique con el yo del analista. Si éste proporciona unos puntos de referencia fijos, si su imagen cristaliza en unos rasgos injutables, si se levanta como una estatua en éxtasis libidinales y con vestimenta analítica, el analizante se identificará con él sin esfuerzo. Así pues, lo que Ferenczi esperaba -sin poderlo alcanzar- como resultado del análisis didáctico, era que el analista ocupase un sitio del que no sabe nada, y que no quisiese nada determinable, y que sin embargo supiese estar en ese lugar y mantenerse en él para soportar el acto de la palabra. Se trata del propio lugar de la muerte, reconocido finalmente como el único amo de su yo.

La transmisión en el análisis.

El saber cómo hacerlo, el saber arreglárselas no es, por todo lo que venimos diciendo, algo que haya que despreciar. Pero eso constituye sólo una de las dimensiones de la transmisión, la imaginaria. Si es la única, si el saber cómo hacer es a la vez el operador y el contenido de la transmisión, entonces el fin del análisis se hace definible como identificación con el yo del analista, al igual que en cualquier aprendizaje. Hemos abierto otro camino, en el que el saber cómo hacer, en tanto que imaginario, nos aparecerá sólo como efecto imprevisto de otro proceso no vinculado al yo del analista.

En efecto ¿qué es lo que se transmite en el análisis -no siempre, lamentablemente, sino en la medida en que hay algo que funciona

como psicoanalista? Lo que ahí se transmite es la castración simbólica para el hombre y la mujer. Según mostró muy bien Freud, por ejemplo en Totem y tabú, el falo se transmite de generación en generación sólo por una castración propiamente simbólica. Es preciso que la muerte anule el falo del padre para que el hijo acceda al derecho de ser portador del falo. Es precisa la tumba vacía para que el falo llegue a ser un significante, y con ello transmisible. Esto, por lo que al totem se refiere. Y por el lado de la madre sucede lo mismo. El tabú sólo toma algún vigor como ley en la ausencia física del padre. Basta su nombre.

En eso, Freud no cede; y vincula la función paterna y el significante como lo que es transmitido. Y con ello hace una distinción entre el psicoanálisis y sus presupuestos (Voraussetzungen) y cualquier bioanálisis. En 1924, Ferenczi y Rank publicaron juntos Perspectivas en el psicoanálisis, y Rank El trauma del nacimiento. Según Rank, la angustia que acompaña a la pulsión de retorno al seno materno proviene del trauma del nacimiento. Freud le responde al grupo berlinés, desorientado por la circular del 15 de febrero de 1924, que la angustia lo es de castración y que proviene de la barrera del incesto. "¿De dónde proviene la barrera del incesto?. Su representante es manifiestamente el padre, la realidad (Realität), y la autoridad, que no permiten el incesto. ¿Por qué han erigido éstos la barrera del incesto?. Mi explicación era de orden sociohistórico, filogenético. Hacía derivar la barrera del incesto de la historia primitiva de la familia humana, y veía así en el padre actual el obstáculo real (wirklich) que erige la barrera del incesto igualmente en el nuevo individuo. Aquí es donde Rank se aparta de lo que yo digo. Se niega a entrar en el punto de vista filogenético y hace de la angustia que se opone al incesto una repetición directa de la angustia del nacimiento".

Y el mismo año, Ferenczi, publicando Thalassa, completa a Rank y lo refuerza así dando el punto de vista filogenético. El trauma ontogénico reproduciría las "catástrofes" de la filogénesis de la vida biológica. De este modo habría que conseguir del paciente que tomase conciencia de "que la transferencia con el médico es un vínculo con la madre".

Freud responde en 1926 en Inhibición, síntoma y angustia diciendo que hay un peligro y un miedo que son comunes a todos los organismos vivos y que no tienen "contenido psíquico". Es ahí donde se sitúa el trauma del nacimiento para el feto. Pero la angustia es una cosa totalmente distinta, pues concierne sólo al psiquismo del ser humano, es decir a lo que puede "ser registrado" en un "saber". La angustia supone pues que hay un sistema previo de "representación", que da "señal". Le son precisos unos signos de percepción (Wahrnehmungszeichen), o, dicho de otro modo: significantes. Con ello indica Freud claramente a propósito de la angustia que no hay otra transmisión que la simbólica, según la ley del significante. Hablar de la angustia del nacimiento es hablar ya de otra cosa que de una simple relación biológica entre el niño y la madre.

Así, lo que Freud plantea con su propia palabra sobre los orígenes históricos de la ley es el origen del lenguaje: "el padre, la realidad (Realität), la autoridad". No se trata de un padre primitivo o imaginado cualquiera, que sería el primero de una serie, sino del lenguaje como tal, como única condición del inconsciente.

La transmisión del análisis.

A este polo que concierne a lo transmitido en la experiencia personal del análisis, viene a añadirse un segundo polo: el discurso analítico. El paso de uno a otro es el paso del psicoanalizante al psicoanalista. El paso, tránsito, transividad, transferencia.

En efecto, ¿qué sucede con lo transmitido en el análisis?. Es claro que, si es cierto que la castración simbólica no es una aventura solitaria, entonces se perpetúa necesariamente en la misma medida en que "la cuestión del término del análisis es la del momento en la que la satisfacción del sujeto encuentra el modo de realizarse en la satisfacción de cada cual, es decir de todos aquellos con los que los que se asocia en una obra humana".

Pero ¿no supone la propia transmisión del psicoanálisis una manera específica del "asociante" unos sujetos muy reales (cosa que Freud y Ferenczi había comprendido con gran claridad en la ocasión del congreso de Nuremberg en 1910), sin la cual el discurso analítico no puede sostenerse ni continuar?.

Lo que da certeza de ello - lo único que da esa certeza - es el analizante, en el que lo transmitido en el análisis tiene como efecto la escritura del discurso analítico. Es el analizante devenido "passant" hacia la posición de analista.

De este modo, la transmisión del psicoanálisis está, como en el punto del eje de dos palas de una hélice, en el punto de "encuentro de lo que de más válido hay en una experiencia personal con aquellos que la intimarán para que confiese, por tenerla por un bien común".

Efectivamente, el psicoanálisis no es propiedad de nadie. Esta "confesión" es una desapropiación, un efecto de castración: acto de transmisión, en ese punto del eje de encuentro... Encuentro entre el extremo de la singularidad de lo que fuera esta castración y el extremo de lo universal de las referencias estructurales.

Hay transmisión analítica porque esos dos extremos se reúnen en tanto que dan la vuelta rodeando al mismo agujero, y sin colmarlo. En el primer polo, está el agujero de la falla del sujeto supuesto saber -allí donde en el Otro saber y goce se excluyen mutuamente. Eso que del quid del ser de deseo es no sabido, le permite al analizante ocupar a su vez el lugar del analista supuesto saber.

Remitido así al segundo polo, el analizante "passant" hacia la posición de analista sostiene el discurso analítico; y lo hace como lugar de una nueva lógica paradójica de la existencia, encausado "el estilo en el que desemboca". Lógica según la cual "lo no sabido se ordena como el marco del saber", como el contorno de un vaso o, según la bella fórmula de Giraudoux, como "la cariátide del vacío".

Hemos visto cómo, al contrario de esto, Ferenczi ha mantenido sin fin su demanda a un Freud, supuesto saber, sobre lo que sucedía con su transferencia negativa antes incluso de que llegase a actualizarse. Este mantenimiento tuvo como consecuencia una transmisión sobre la habilidad y la técnica, a falta y como coartada (en otro lugar) de una transmisión simbólica, de la única transmisión que produzca un agujero en lo real.

Podemos localizar algunos de sus efectos hoy en día en las diversas técnicas del cuerpo (expresión corporal, relajación, etc.), en la terapéutica mediante el juego, y en cualquier tentativa de restañamiento de las heridas narcisísticas mediante el amor y la comprensión.

El amor de Freud.

Por lo que se refiere a la segunda demanda de Ferenczi -demanda que tuvo las mismas consecuencias-, no podemos evitar hacernos preguntas sobre el propio Freud y sobre la parte de responsabilidad que tuvo. Hay que reconocer efectivamente que "Freud tuvo la debilidad de confundir los lugares de fundador y de patriarca, y que quiso tratar a su grupo con un amor del todo paternal".

Esto está muy claro por lo que a Ferenczi se refiere. Es cierto también que éste no pedía otra cosa que esto. Freud le escribía el 17 de

noviembre de 1911: "Estoy ciertamente acostumbrado a sus "trastornos complexuales", y hubiese preferido un amigo lleno de confianza en sí mismo, pero cuando usted provoca tantas dificultades, tengo que tratarle como a un hijo". Pero por su parte, Freud quedó satisfecho con ese "tengo que". Es un amor paternal del todo, que apacigua los conflictos de celos entre hermanos: Ferenczi y Abraham, Ferenczi y Jones... Pero sobre todo es un amor paternal en el que se lee sin gran esfuerzo su deseo hacia Ferenczi con vistas a la transmisión del psicoanálisis y se lee en una palabra que nombra para... un puesto: "mi paladín, mi secreto gran visir". Y también: "Usted está firmemente establecido, el camino está libre ante usted, es usted muy estimado en un círculo particularmente elegido de amigos de los que usted está destinado a convertirse en el jefe".

Y sin embargo, Freud sabía reconocer en Psicología de las masas y análisis del yo o en Mosisés y la religión monoteísta el carácter religioso de esta posición. Es una atracción hacia el padre, una "inclinación" que mantiene la ambivalencia respecto a ella y que nada resuelve de la relación del deseo con la ley.

Pero, con su conducta con Ferenczi, no siempre le fue fácil distinguirse de esta posición, y de ahí proviene, desde 1920, la insatisfacción y el sordo despecho de Ferenczi. Ahí es donde se origina el famoso "mit Unlust" que obsesiona a Ferenczi. ¿Por qué medios obtener que el analizando se enfrente con el displacer de todo lo que piensa de su analista?... todo lo que Ferenczi supone que el analizando tiene que decir de desagradable desde su infancia... ¡todo lo que el propio Ferenczi tenía que decirle a Freud!

¿No está ahí el punto tope de Freud?. El mismo confiesa al final de su artículo Análisis terminable e interminable que en sus análisis topa con la "roca" de la angustia de castración y del penisneid como límite insuperable. Y no le falta razón; en efecto, es precisamente en la medida en la que el deseo de un padre que sea digno de amor (o de odio) se mantiene, que esa "roca" permanece inmodificada. Si el analista cumple esa dignidad del sujeto sigue siendo impotente. Y es justamente esa dificultad sobre el fin del análisis la que Lacan apartó mediante el "hallazgo" del objeto petit a. De este modo, el discurso analítico no se transmite por imitación o por fetichización de Freud (el discurso de Freud se convierte así en discurso del Otro), sino mediante una vuelta a tomar el discurso de Freud con exactitud -y en ningún otro lugar- en su punto tope teórico y práctico.

Como Conclusión.

La cuestión referente a la transmisión del psicoanálisis se nos plantea de la manera siguiente:

1. La transmisión de un saber cómo hacer, de un saber arreglárselas es del orden imaginario. No se trata de lo ilusionario, sino de lo que proporciona una apariencia de necesidad de relación entre un medio y un fin.

2. La transmisión de la castración en la experiencia analítica es del orden simbólico. Está sometida al régimen del encuentro, de la fortuna del amor de transferencia. Por ello, es sólo contingencia... ¡lo que a Ferenczi le inquieta!
3. La transmisión del discurso analítico se refiere a lo real, a lo que está fuera del sentido. De ahí el matema, lo que se inscribe separándose y cayendo de la enseñanza oral. Ahí está la "ciencia" como lógica de lo real. Lo inscrito circunscribe lo imposible y delimita lo que no se puede decir.

Lo que habría de demostrar, o al menos mostrar, es cómo esas dimensiones, si es que forman una cadena según el nudo borromeo, determinan, no al analista, sino su lugar, el de objeto a.

Tras la muerte de Ferenczi, Freud escribía en su Obituary: "De sus movimientos emocionales oscuros llególe la convicción de que se podría alcanzar mucho más con nuestros enfermos dándoles en medida suficiente el amor que anhelaron tener en su infancia. Se propuso averiguar cómo sería posible hacerlo en el marco de la situación psicoanalítica y mientras no hubo alcanzado el éxito en tal tarea, se mantuvo apartado, quizás también por no estar ya tan seguro del beneplácito de sus amigos. Dondequiera que el camino emprendido por él lo hubiese podido llevar, no le fue dado recorrerlo hasta el final".

¡Hasta el final!. Ironía de Freud. El "hacer más" está siempre engatusado en su búsqueda de un fin y... del beneplácito de los amigos. El acto analítico es totalmente distinto. Es un saber estar ahí y estarse ahí: ahí donde, según la fórmula de Lacan, el analista "puede responder al sujeto desde el lugar donde quiere, pero ya no quiere nada que determine este lugar".

NOTAS

1. Esta esperanza, Lacan la transformará en acto. "Aquellos que vendrán a una escuela se comprometerán a cumplir una tarea sometida a un control inteno y externo. Se les asegurará a cambio de ello que no se escatimará nada para que todo lo que hagan y que sea válido tenga la resonancia que merece, y en el lugar que convenga" (Acte de fondation).
2. Asumir ese papel, pero sin desempeñarlo ¿no es lo que diferencia el acto analítico de la actividad?. Volveremos sobre ello.
3. Con el término de femineidad indica Freud aquello que en cada sujeto, sea el que sea su sexo y en la medida en que está implicado el goce fálico, no puede ser su propio padre. Femineidad es receptividad a la transmisión fálica (y es por ello que aparece la palabra "pasividad", que a primera vista sorprende, utilizada por Freud como equivalente a femineidad; ¡padecido es la ley del significante. Lacan ha evidenciado claramente que esta transmisión no es directa, del padre al hijo o a la hija. La transmisión supone efectivamente una "femineidad" de la madre con respecto al padre para que en el sujeto funcione la metáfora paterna.